# FL 14 09

Linguística general, guión número 10, nuevas orientaciones de la lingüística. Nuevas orientaciones de la lingüística. Nuestra intención en el presente guión es dar una idea de los métodos y recursos seguidos por la gramática generativa, la estadística lingüística y la lingüística computacional.

En gramática generativa hay que tener en cuenta los marcadores, los análisis sintagmáticos a partir de los cuales se aplican las reglas generativas o transformacionales para llegar a las estructuras de superficie, las oraciones reales de la lengua. Naturalmente la descripción de la estructura profunda se da con detalle variable y puede optarse por recoger sólo los datos más esenciales, con lo cual tenemos una estructura más profunda y general común a gran número de oraciones. En realidad existe una tendencia a establecer estructuras profundas muy generales y deducir de ellas mediante transformaciones un gran número de frases de la lengua.

Más todavía, la tendencia es a considerar esas estructuras profundas como universales o al menos comunes a muchas lenguas. Los análisis estructurales tienen las características siguientes. Contienen datos gramaticales y datos lexicales, estos normalmente no flexionados, es decir, se dice manzana, amor, dejando a las transformaciones dar el resultado de superficie, manzana, manzanas, amo, amará.

Esos datos lexicales hay que concebirlos como desprovistos de fonética y morfología, son simples significados. Por otro lado, lo más frecuente es, sin embargo, que los marcadores se refieran a ciertos esquemas sintácticos elementales correspondientes a las antiguas oraciones nucleares. Así, de una cadena del tipo frase nominal más verbo más frase nominal, ciertamente mediante una transformación, se obtienen frases como el niño come la manzana.

Se deduce en generativa o transformacionalmente, niño come la manzana. ¿Come el niño la manzana? La manzana es comida por el niño, con transformación imperativa, interrogativa y pasiva respectivamente. Estrictamente, todas estas frases proceden de transformaciones, pero en el fondo, el niño come la manzana presenta solamente las transformaciones necesarias para conjuntar gramática y léxico y aplicar al resultado reglas morfofonémicas para obtener oraciones pronunciables.

Las oraciones han de sufrir transformaciones que afectan al orden de los elementos. Al sustituir en el punto de partida las oraciones nucleares por esquemas o cadenas, la gramática generativa no ha variado demasiado sus principios. Para la gramática generativa, en lo más profundo de la estructura de las frases de la lengua están los rasgos que se deducen de un análisis sintáctico, o mejor dicho, del análisis de ciertas frases privilegiadas de las cuales es económico deducirlas de más.

Hay en esa estructura, en realidad a diversos niveles, frase verbal y nominal, complementos

diversos, categorías como tiempos y números, clases de palabras e incluso subcategorizaciones de estas. Estas subcategorizaciones nos llevan al segundo elemento que contiene la estructura profunda, un léxico que, en virtud de su carácter de sensible al contexto, depende de la estructura sintáctica, está condicionado por ella. Son todavía palabras sin forma ni sonido.

En realidad son más bien tipos de palabras, subclases, caracterizadas por la presencia o ausencia de ciertos rasgos, si bien a un determinado nivel, antes de llegar a la superficie, se transforman en palabras propiamente dichas. Pues bien, de estas estructuras profundas, más o menos generales según el nivel al que las tomemos, se derivan por transformación las de superficie. Se llega a ellas mediante permutaciones, delecciones, sustituciones, expansiones, reducciones o adiciones de elementos.

Las reglas sintagmáticas o de reescritura se aplican a elementos no terminales y son, por definición, obligatorias. En cambio, las transformativas se aplican a los elementos terminales y ciertas permutaciones son opcionales. ¿Se puede decir, viene tu padre con nosotros o tu padre viene con nosotros? Se trata de dos tipos de reglas muy diferentes.

Las primeras son un simple análisis, poco a poco, de estructuras. El orden en que se hace el análisis es decisivo. Las reglas transformacionales no son esto.

Indican la forma que toman las estructuras así definidas en la lengua realizada. Con frecuencia, el orden en que se realiza la transformación es indiferente y, según la teoría clásica, no afecta en absoluto al significado que está dado por la sintaxis y el léxico de la estructura profunda. La gramática generativa nació como una reacción frente al llamado estructuralismo americano, que describía las lenguas indígenas de América mediante preguntas e informantes, con ayuda de los cuales se trataba de establecer las gramáticas y vocabularios de esas lenguas.

Surge en 1957 el manifiesto de la nueva escuela, las estructuras sintácticas de Chomsky. Sus raíces y las causas de su éxito están en la gramática de constituyentes inmediatos, el simbolismo y el método deductivo opuesto al inductivo de la gramática tradicional. En sus orígenes, y todavía hoy y muchas veces, esta gramática operaba con los conceptos tradicionales como si fuera absolutamente claro y decidido qué es un sujeto o un complemento directo, por ejemplo, y era pura sintaxis que desconocía la semántica.

En estos aspectos estaba mucho más atrasada que la lingüística europea. Luego se ha visto obligada a evolucionar creando una semántica y desarrollando el concepto de estructura profunda, un concepto más o menos próximo a los de la lengua, en socios, o de código, es decir, a un núcleo esencial del lenguaje. Los generativistas han acusado con frecuencia a los estructuralistas de practicar simplemente una descripción de textos, analizándolos mediante unidades simples y desatendiendo el estudio del dinamismo de la lengua, de su facultad creadora, es decir, el problema de la competencia lingüística.

La acusación no es enteramente justa, pues la combinación de las unidades entre sí ha sido objeto desde siempre del estudio lingüístico. Ahora ha cobrado, ciertamente, nuevo relieve. Y

ello porque el generativismo formula en forma económica, mediante reglas transformacionales, el proceso por el cual unas determinadas cadenas de estructura profunda generan las posibles frases de una lengua.

Es lo que antes hacían reglas menos formalizadas, que indicaban, por ejemplo, cómo se construían las subordinadas de tal o cual tipo, dependientes de tales o cuales verbos. Es a priori más científico, por otra parte, arrancar no de unas oraciones para describir otras, sino de unos esquemas generales y unas reglas particulares. Puede decirse que el generativismo es capaz de exponer de una manera abreviada y al tiempo con mucho detalle la sintaxis de una lengua.

Con frecuencia, ciertamente, no hace otra cosa que traducir a su lenguaje conocimientos tradicionales. Y es claro que sus deducciones proceden de inducciones previas, de estudios del lenguaje realizado, ya propios, ya tomados de otras fuentes. Pero en la exploración de campos sintácticos difíciles, el uso del aparato simbólico del generativismo resulta con frecuencia útil, porque da la posibilidad de representar en forma sinóptica panoramas muy complicados que se pueden estudiar así con mayor facilidad.

Su tratamiento de la competencia lingüística choca, sin embargo, con límites. Es imposible separarla en abstracto de la actuación. No hay instrumento teórico para decidir lo que está más allá de la competencia de un hablante.

La lengua es un sistema abierto con zonas de ambigüedad, de frecuencias estadísticas diferentes. No hay reglas que sienten a priori lo que va a ser posible o imposible en una alteración o ampliación del sistema, por muy implícita que esté en él. En todo caso, la gramática generativa es un instrumento útil para describir las estructuras sintácticas de una lengua en forma sinóptica y, en lo que cabe, completa.

Y, por supuesto, para relacionarlas con estructuras de subcategorización del léxico. Y para explorar estos dominios. Los últimos avances de la lingüística generativa marchan por el buen camino en la tarea de crear una verdadera teoría semántica.

En este dominio no hay grandes diferencias realmente entre estructuralistas y generativistas. En realidad, de una manera todavía poco clara y acudiendo a veces a una multiplicidad de niveles de profundidad, hoy se tiene cada vez más la idea de que no hay sintaxis sin semántica ni viceversa. En realidad, se trata de puras abstracciones que hacemos con finalidades descriptivas.

La lingüística matemática es una disciplina, en lo esencial, no cuantitativa. Estudia conjuntos de cadenas de símbolos que califica de lenguajes, entre los cuales los naturales no son más que un caso especial. Cada uno de estos lenguajes consiste en un conjunto finito o infinito de cadenas formadas a partir de un alfabeto o vocabulario de símbolos.

Símbolos cuya expresión puede variar y que no se intenta definir ni pronunciar. La gramática de una lengua dada consiste en una serie de reglas con ayuda de las cuales se deducen, a partir

de los símbolos del alfabeto, cadenas bien formadas, gramaticales. Estas reglas son simplemente instrucciones para realizar operaciones.

Se trata de un proceso deductivo en el cual se aplican algoritmos, es decir, procedimientos para obtener deducciones mecánicas. Ello presupone, claro está, la existencia de unas determinadas relaciones entre los símbolos y de unas determinadas características de las reglas. Resulta claro que la gramática generativa es un derivado de las teorías de la lingüística matemática, no menos que del análisis de constituyentes inmediatos, y que sus problemas están sobre todo en aplicar este modelo a las lenguas naturales y, dentro de ellas, al dominio de la semántica.

Aparte de este aprovechamiento, la lingüística matemática tiene el de permitir estudiar teóricamente el funcionamiento de los sistemas simbólicos en general. En definitiva, para deducir a partir de un axioma los teoremas de cualquier teoría, siempre en forma sintagmática y prescindiendo de su interpretación. Todo este proceder desarrollado en la matemática y la logística está en el punto de partida de la construcción y funcionamiento de ordenadores, que a su vez resultan imprescindibles para el desarrollo de la lingüística computacional.

Pero aquí acaban los puntos de contacto. Se han propuesto leyes que relacionan la frecuencia de una palabra con el número de acepciones, la dispersión semántica de la misma. A mayor frecuencia de una palabra tiende a haber mayor dispersión semántica.

La relación entre la frecuencia de una palabra y el número de orden, el rango, que ocupa en la serie de las palabras ordenadas por su frecuencia, es objeto de investigaciones y se cree que depende de una ley general. Los hechos de frecuencia son especialmente útiles, finalmente, para describir ciertas evoluciones fonéticas, morfológicas y sintácticas, las diferencias entre los dialectos y niveles de lenguas, las que hay entre los estilos literarios y dentro de ellos, entre obras y autores. La estadística lingüística se ha usado y se usa para tratar de zanjar problemas graves e irresueltos sobre la autenticidad de ciertas obras, aunque también hay que tener en este caso cuenta de un tercer factor, la evolución del estilo de un mismo autor y del ambiente lingüístico en que vive.

Con los métodos computacionales es forzoso apoyarse muchas veces en muestras, es un procedimiento habitual de toda ciencia estadística, pero no es menos sabido que las muestras han de ser representativas. Si se hace una encuesta para saber qué opina el electorado de una nación sobre un determinado problema, hay que exigir que el grupo de encuestados sea suficientemente numeroso y que en él los sexos, edades, clases sociales, intereses económicos estén representados en la proporción de la población real. Pues bien, igual ocurre con las muestras de la lengua.

Sobre todo lo importante es seleccionar los hechos que son relevantes. Esta es tarea de lingüista. Si está mal hecha, del trabajo del especialista en ordenadores y el estadístico sólo saldrán imprecisiones o errores.

Luego los resultados pueden tabularse o bien representarse mediante gráficas diversas,

incluidos los sistemas de coordenadas. Después viene el trabajo de interpretación, que es cosa del lingüista. Por ello, ha de asimilarse una serie de nociones de teoría estadística cuya existencia aquí no hacemos más que apuntar.

Lejos de devolvernos una concepción inhumana de la lengua, la lingüística computacional, al facilitar el trabajo del lingüista, ayudará a darnos una perspectiva más real de la lengua en sus diversas facetas, sectores, estilos y niveles. Nos devuelve a la lingüística de lo particular y lo individual en un momento en que el generativismo vuelve a concepciones logicistas, a una imagen abstracta de la lengua que también tiene su razón de ser, pero que no es toda la verdad de la lengua y que es preciso corregir.